

CULTURA

MAGDA HOLLANDER-LAFON Escritora

“Auschwitz era un lugar de muerte en el que cada uno se aferraba a la vida”

BORJA HERMOSO, Rennes
A la frívola pregunta de si el infierno existe, Magda Hollander-Lafon (Záhony, Hungría, 1927) responde que sí, porque estuvo. Pero a diferencia de las supuestas almas condenadas entre las llamas de las creencias religiosas, ella volvió de entre las reales: las de los hornos crematorios de los campos de la muerte. Entre mayo de 1944 y abril de 1945, su cuerpo—un desecho— y su mente —un búnker— pasaron por cinco infiernos sucesivos: Auschwitz-Birkenau, Waldorf, Ravensbrück, Zillertal y Morgenstern. Otros tantos siniestros mojoneros dentro de la Solución Final orquestada por Hitler, Himmler, Heydrich y Eichmann: el genocidio organizado de casi seis millones de judíos de toda Europa.

Magda escribe libros, libros estremecedores y a la vez luminosos como *Cuatro mendrugos de pan*, recientemente publicado en España por Editorial Periférica. Lleva 40 años viviendo en las afueras de la ciudad francesa de Rennes. Allí recibió a EL PAÍS con café, pastas y muchas ganas de contar su historia. Increíble si no fuera porque ocurrió.

Pregunta. Lleva años contando su experiencia en Auschwitz a estudiantes de instituto y universitarios. ¿Cómo reaccionan?

Respuesta. No se trata solo de contarles mis cosas, porque aquello resulta intransmisible. Además, si yo me pongo a contar mis batallas, puedo desanimar a un regimiento. Lo que hago es tratar de convocarles a la vida, dinamizarles interiormente. Nuestros jóvenes son un regalo de la vida, pero nadie se lo dice nunca. Sé de lo que hablo, habré hablado ante unos 16.000.

Le he dado muchas vueltas a cómo dar testimonio.

P. ¿Y a qué conclusión llegó?
R. Elaboré unos cuestionarios, que son distribuidos entre los alumnos y ellos escriben ahí por qué quieren escuchar estas historias. Mire, se los voy a enseñar... [Magda Hollander-Lafon se levanta y se dirige a un salón, abre un armario enorme y ahí están: montañas de clasificadores y carpetas



La escritora, antes de ser deportada.

La autora, judía húngara, sobrevivió a cinco campos nazis

Cuenta su experiencia en el libro 'Cuatro mendrugos de pan'

con las preguntas y respuestas que los alumnos le han dado durante tantos años. Ahora estoy trabajando en un libro sobre esto.

P. ¿Cómo se titulará ese libro?
R. *Tu vida y tu devenir están en tu mano*. Es un mensaje para que no vuelva a ocurrir aquello. Hay que cuidar la memoria.

P. Blindar la memoria es lo que hace usted en *Cuatro mendrugos de pan*. “Una meditación sobre la vida, no sobre la muerte”, avisa al principio. ¿Es esa la lección que extrajo, vivir la vida como si cada día fuera el último?

R. Justo es esa. Pero no solo hoy. Incluso allí, en los campos de concentración, todo el mundo quería vivir, se aferraba a la vida. ¡Tantas personas —niños, jóvenes, adultos, ancianos— desaparecieron...! Pero hasta el último aliento quisieron seguir viviendo. Auschwitz-Birkenau era un lugar de muerte en el que cada uno se aferraba a la vida.

P. ¿Nunca quiso suicidarse, poner fin al infierno?

R. Si sentías una sola vez que ya no merecía la pena vivir, todo estaba perdido. Así que huías de esa tentación. Yo siempre había sido muy rebelde, odiaba las injusticias. Cuando odias significa que estás vivo, como cuando amas o cuando sufres. En Auschwitz, quería vivir pero lo que me permitió hacerlo fue darme cuenta de que iba a morir. Lo acepté. Y a partir del momento en que concluyes que vas a morir, tienes una sensación de que la vida se hace sitio en ti.

P. No estoy seguro de entenderle...
R. En ese momento todos los miedos se van. Y cuando todos los miedos se van te entran unas fuerzas enormes de vivir.

P. ¿Sabía que era tan valiente?



Magda Hollander-Lafon, en su casa de Rennes. / BORJA HERMOSO

R. ¿Qué va! Pero eso no viene de la cabeza, sino de ese instinto de supervivencia, de la formidable intuición de vida que hay en todos nosotros. Un día salíamos de los barracones, íbamos con los cuerpos en carne viva. De pronto, no sé por qué, supe que íbamos directos a la cámara de gas. Me dije: “Magda, se acabó”. Pero sin que nadie me viera, me pasé a la otra fila, donde la gente estaba en mucho mejor estado. La otra fila fue directa a la cámara de gas.

P. Jorge Semprún escribió sobre Buchenwald: “No rozamos la muerte, la vivimos desde dentro”. ¿Lo comparte?

R. Sí. Estuvimos dentro de la misma muerte, fuimos muertos vivientes. Y yo me sigo preguntando: ¿Por qué los judíos? No tengo respuestas. Pero le digo una cosa: Dios está en peligro cada vez que los judíos están amenazados.

P. ¿Cree que los nazis quisieron exterminar a los judíos porque se creían Dios?

R. Claro, ¿qué persiguen los grandes dictadores? Ponerse en el lugar de Dios. Los nazis tenían el poder de vida y de muerte sobre nosotros. ¿Qué les molestaba? Que se decía que éramos el pueblo elegido. Eso les provocaba celos y envidia. Éramos peligrosos.

El horror contado a golpe de libro

La 'literatura del campo de concentración' es un género inagotable

B. H., Rennes
El relato de vivencia y supervivencia en los campos de la muerte —tanto en la órbita estalinista como en la nazi— es todo un subgénero dentro de la vertiente memorialística de la literatura. Estamos ante una línea editorial que ha experimentado un auge imparable en los últimos años.

Fiódor M. Dostoiévski publicó en 1862 sus *Memorias de la casa muerta* (Alba Editorial en su versión española), recuento autobiográfico de sus terribles experiencias en la cárcel y los campos de trabajo de Siberia. El escritor ha-

bia sido condenado por el régimen zarista a ocho años de trabajos forzados por crímenes contra la seguridad del Estado tras asistir a un acto literario prohibido. En el libro, el personaje central —rapado, encadenado y en compañía de asesinos, ladrones y otras malas raleas— se convierte en espejo y víctima de la mentalidad carcelaria y de la psicología criminal. Casi un siglo después, en 1947, el italiano de origen judío Primo Levi estremeció al mundo con *Si esto es un hombre* (Muchnik Editores), primera parte de su trilogía sobre los campos

de la muerte nazi, completada con *La tregua* y *Los hundidos y los salvados*. Tras ser detenido por la milicia fascista y entregado a las SS, fue enviado a Auschwitz. “Considerad si es un hombre/ Quien trabaja en el fango/ Quien no conoce la paz/ Quien lucha por la mitad de un panecillo/ Quien muere por un sí o un no...”. Levi murió en 1987 tras arrojarse al vacío desde su casa de Turín.

El otro clásico del siglo XX que escribió sobre el horror del Lager fue el psiquiatra austriaco y fundador de la logoterapia Viktor E. Frankl, autor de *El hom-*

bre en busca de sentido (Herder Editorial). Su libro, publicado en 1945, evoca las penalidades sufridas en los campos de Auschwitz, Theresienstadt y Dachau.

Art Spiegelman contó magistralmente en forma de cómic (*Maus*, Premio Pulitzer en 1992, Planeta DeAgostini en español) la experiencia de su padre, judío polaco, como superviviente del Holocausto. Spiegelman revolucionó el relato de los campos de concentración convirtiendo a los nazis en gatos y a los presos en ratones.

En los últimos tiempos, varias editoriales como Salamandra (*Y tú no regresaste*, de Marceline Lordan-Ivens), Errata Naturae (*Vivir*, de Anise Postel-Vinay) y de forma muy destacada Editorial Periférica (*Cuatro mendrugos de pan* de Magda Hollander-Lafon; *Sin flores ni coronas*, de Odette Elina;



La mujer que pudo regresar del infierno

Magda Hollander-Lafon, húngara de origen judío hoy convertida al catolicismo, entró en Auschwitz con 16 años. Nada más llegar, los nazis gasearon a su madre, Esther, y a su hermana de 11 años, Irène. Antes, su padre, Adolf, resistente húngaro, había sido asesinado por los nazis. Delante del mismísimo doctor Mengele, ella mintió al decir su edad (aseguró que tenía 18) y escapó de una muerte segura. Una descomunal fortaleza mental y no pocas dosis de picareseca la ayudaron a salvarse en sucesivas ocasiones.

Regresó del infierno de los campos de trabajo y de concentración muerta en vida. El 12 de abril de 1945, soldados estadounidenses a bordo de un carro de combate la descubrieron a ella y a otras cuatro mujeres ateridas y muertas de hambre y sed en el bosque al que habían huido ante la desbandada nazi en Bischofferode.

Vivió cuatro años en un orfanato y otros diez años en Bruselas. Luego se instaló en París. Estudió educación infantil y se hizo psicóloga. Desde entonces se dedica a contar sus vivencias a escolares y universitarios "para que nada de aquello se olvide".

P. ¿Qué es ser judío?

R. Creer en alguien que está por encima de ti. No. Creer en alguien que está contigo. Un judío es alguien que tiene fe. Cuidado, no es lo mismo creer que tener fe; puedes creer hoy en algo y mañana ya no. Pero la fe es distinta, te habita. Y lo digo yo, que vengo de una familia judía que ni siquiera era practicante. Yo, que llegué a odiar a Dios cuando era joven.

P. ¿Por qué lo odió?

R. Pues porque cuando mi madre y mi hermana pequeña rezaron, él no vino a salvarlas.

P. Perdón por esta pregunta, ni siquiera sé si tengo derecho a

hacerla. ¿Cómo recuerda el momento en que aquella celadora de Auschwitz señaló con el dedo el humo de la chimenea y le dijo que allí estaban su madre y su hermana?

R. Claro que tiene derecho a hacerla. ¿Sabe? No pienso en ello todos los días. Pero mi madre y mi hermana están siempre ahí, y creo que todo este trabajo con los jóvenes que sigo haciendo es por ellas. Eso da sentido a mi vida, que es lo que persigo.

P. ¿Qué fue lo que la salvó?

R. Me salvó la bondad de algunas personas. Y hacerme preguntas. Aun en los peores momentos yo me hacía preguntas sin parar, hablaba sola, le hablaba a mi cuerpo, a mis pies, a mis manos, y cuando los guardianes nos pegaban casi no sentía los golpes.

P. ¿Qué piensa hoy cuando come pan? ¿Se acuerda de aquellos trozos de pan mohoso?

R. ¡Mire! [se acerca a la alacena y saca una enorme barra de pan de molde]. Solo compro de este, porque tiene la misma forma que aquel. Lo cortaban en ocho trozos y nos daban uno a cada una para todo el día. ¿Cómo lo saboreábamos! Pero ahora lo tengo entero para mi sola (risas). Nos robábamos el pan. Nos quitábamos todo.

P. Hasta que aquella mujer le dio los cuatro mendrugos de pan que da título a su libro...

R. Debía de ser un domingo por la tarde, el único momento en que no trabajábamos. Salía del barracón y entonces la vi, tumbada y casi ya sin mirada. Pensé: "Se va a morir pronto". Me llamó con un gesto. Me dijo: "Eres joven y tienes que vivir para contarle al mundo lo que está pasando aquí". Abrió sus manos y vi los cuatro trozos de pan con moho. Me dijo: "Cómelos". Y fue un banquete.

P. ¿Ha perdonado?

R. No tengo nada que perdonar porque nadie me ha pedido nunca perdón. Pero tuve que perdonarme a mí misma cuando volví del campo de concentración.

P. ¿Tuvo remordimientos por estar viva?

R. Sí, claro que sí... ¿por qué yo sí y otros no?, me decía. Y fue en aquellos momentos cuando quise morir, no cuando estaba en Auschwitz. Pero un día me dije que no podía seguir concediéndole a Hitler, 30 años después, el poder sobre mi vida.

El campo de concentración de Auschwitz. / GETTY

o *Una mujer en el frente*, de Elaine Polcz han tratado el tema de los campos de concentración y el horror de la guerra. Por su parte, la escritora y periodista polaca afincada en Barcelona Monika Zgustova registró en el extraordinario *Vestidas para un baile en la nieve* (Galaxia Gutenberg) las trágicas experiencias sufridas por varias supervivientes del gulag estalinista. Aún más recientemente, Mercedes Monmany rescataba en su libro *Ya sabes que volveré* (Galaxia Gutenberg) la figura de las escritoras Irène Némirovski, Gertrud Kolmar y Etty Hillesum, las tres desaparecidas en los campos de la muerte.

